JACINTO BENAVENTE

OPERACIÓN QUIRÚRGICA

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

12

OPERACION QUIRURGICA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el deposito que marca la ley.

OPERACIÓN QUIRÚRGICA

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO LARA el 4 de Mayo, á beneficio de D. Francisco Morano

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA	Sra. Rodríguez.
HIPÓLITO	Sr. Morano.
LEONCIO	Ramírez.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Gabinete elegante

ESCENA PRIMERA

CLARA; después HIPÓLITO

HIP. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

CLARA (Sin mirar.) ¡Adelante! (Sorprendida.) ¡Ah! Hipólito...

HIP. Ese ¡ah! no necesita acotación. Ha sido un ¡ah! con extrañeza. Dijiste adelante, sin verme. Esperabas á... otra persona. Cuando me anuncio nunca estás en casa.

CLARA Casualidad, puedes creerlo.

HIP. Casualidad, eso pensé yo, y como no soy hombre de quien se burle más de tres veces esa diosa juguetona, trastornadora de los designios humanos mejor trazados, esa casualidad que tiene nombre de mujer, y suele ir precedida al nombrarse del adjetivo, pícara, combiné mi visita de manera que la *casualidad,* por esta vez, pícara y todo, perdiera sus derechos. ¿Qué tal la entradita? Como corresponde á un Embajador con cartas acreditadas. (Le entrega una carta.) ¡Lea su majestad! Su majestad la mujer.

CLARA (Sin tomar la carta.) ¡Una carta!... ¿De Luis?.. Es inútil. ¿Ves por qué no quería yo verte?

607932

HIP. ¿Qué título invocaré para obligarte á leerla? El de hermano, es el que menos estimas en mí, por venir de quien viene; pero el de amigo tuyo, leal, que siempre y en cualquier circunstancia estuvo de tu parte, debe significar algo para ti. Por favor te pido que la leas. (Mostrando la carta.)

CLARA Por favor... á ti.

HIP. Quiero oirla... lee alto... quiero asegurarme de que la lees sin conmoverte.

CLARA (Recogiendo un papel separado y dándoselo.) Esta es para ti.

HIP. Sí; cuatro letras. (Lee.) «Querido hermano: por la memoria de nuestra madre, haz que Clara lea esta carta que para ella te escribo.»

CLARA (Con ironía.) ¡Qué tono solemne! ¡Hoy es alta tragedia.

HIP. Lee.

CLARA (Leyendo.) «Clara, esposa mía: bien sé que si nada queda en tu corazón del cariño que me tuviste, nada valdrá para que vuelva á mí tu cariño, la consideración de cuanto he sufrido. ¡Nada quieres saber de mí! ¿Te dice el corazón, que si supieras cuál es mi vida, tendrías lástima de mí, y por lástima, habrías de quererme? Yo sé cuánto vale tu corazón, y sé que no podría sentir de otro modo al oirme. Convaleciente de una enfermedad gravísima, te escribo casi resucitado.»

HIP. (Interrumpiendo.) Vine dos ó tres veces á decírtelo; pero nada querías saber de él. Ha estado á punto de morirse... Sigue.

CLARA (Lee.) «No ha querido Dios que seas viuda; no quiero pensar si hubiera sido tu dicha. Dios ha guardado mi vida para que tú dispongas de ella, para que digas tú si vale la pena de guardarla. Tuya es, regenerada, esposa mía, por muchos años de remordimiento y de triste experiencia. Pregunta cuál ha sido mi vida en tanto tiempo, cualquiera te dirá si ha sido triste. ¡Sólo Dios y yo sabemos cuánto lo ha sido! ¡Clara mía! Bien sé que mis súplicas no valdrán nada, si al leerlas no sintieras dentro de ti, con voz inefable, otras voces queridas que bajan del cielo y

por mí te suplican; la de nuestros padres, la del ángel que voló al cielo... porque nos vió separados en la tierra y quiso pedirle á Dios más cerca por nosotros... Perdóname, Clara mía, para que seamos muy felices y podamos ser muy buenos y volvamos á ver al ángel nuestro.» (Queda pensativa.)

HIP No te habrá convencido, pero te habrá conmovido. Pues bien, yo no pretendo ganar tu corazón con artificios retóricos. La carta de Luis está escrita con el alma, estoy seguro; pero supón que no lo estuviese... La memoria de los padres, el angelito que está en el cielo... muy bonito.. Pero no, yo traigo las cosas á mi terreno, al *terreno terrenal*, y en él, sin retóricas, una vez más te repito, que no puedes mantenerte en una situación equívoca para tu decoro. No digo si llevaste la ofensa de la dignidad al extremo cuando te separaste de mi hermano... pero ha pasado mucho tiempo, y la gente, interesada por ti desde un principio, aguarda impaciente un desenlace. Si no perdonas á tu marido y acabas la comedia á gusto de todos, supondrán que tienes un amante, y acabarás de modo muy triste para tí y para cuantos de verdad te queremos.

CLARA La vida no es una comedia, y si lo es, no somos nosotros los autores de ella, y mal podemos trazar su desenlace á gusto nuestro. La mía le tuvo hace mucho tiempo. El que tú me propones sí que sería un desenlace de comedia. ¡Un arrepentimiento, un perdón de tercer acto, para que el público salga satisfecho, celebrando la moralidad de la comedia. Yo no sé hallarlo: quiero y odio con toda el alma!... Por eso es para siempre.

HIP. Estábamos en que habías olvidado. El olvido es quietud, no lo quiero. Ahora dices que odias, eso vamos ganando. El odio está más lejos del amor, pero en línea recta y es... inquieto. ¡Andará el camino!

CLARA Es un odio olvidado el mío, un perdón casi, pero como desde otra vida. Cuando el corazón dice que perdona una ofensa, es que ha dicho antes: ya no me importa.

HIP. ¡Ya no te importa! Estado de ánimo excelente para discurrir con calma.

CLARA No, Hipólito, no puede ser.

HIP. ¿Tendré que hablarte con severidad?

CLARA ¿En nombre de Luis? (Irónica.)

HIP. En el suyo si quieres. La falta de Luis fué la más natural en su caso. De las que todos los maridos cometen á escondidas y todas las mujeres perdonan á sabiendas.

CLARA ¿A los tres meses de matrimonio? Cuando la certidumbre de su cariño era sagrado para mí, afrentarme en mi propia casa. Mostrarme de ese modo brutal, lo que yo significaba para él. Recibir el insulto de verme sustituída en las caricias de mi esposo por otra mujer cualquiera.

HIP. ¿Y si yo te dijese que estás en camino de justificar con tu conducta la de tu esposo, y... en ese caso, sería tarde para perdonarle, porque á tu vez necesitabas de perdón?

CLARA ¿De perdón yo? ¿Qué quieres decir?

HIP. Lo que murmura todo el mundo. Que de algún tiempo á esta parte, saliste de tu retraímiento, que has vuelto á frecuentar la sociedad, que buscas alivio y distraes tu pena y que mi amigo Leoncio, joven de buena presencia, de amenísimo trato, con aficiones artísticas y mucho fuego en el alma, con todo, en fin, lo que seduce en un hombre, te enamora con asiduidad de todos notada; figúrate si de mí lo habrá sido, de mí que no he dejado de vigilarte, porque te quiero, y sabía muy bien lo que sucedería tarde ó temprano. Tu viudez ha sido larga. Los hombres, en semejante caso, rompen la tregua brutalmente, como Luis, con menos disculpa, en apariencia, porque luchan menos, y á los pocos pasos echan por el camino *real*, pero el de lo ideal, ¿sabes á dónde lleva? Al mismo punto. No vale la pena de andarlo.

CLARA No discuto si me han calumniado. Supón que es verdad todo, que quiero á otro hombre. Cumpliré con mi deber, pero, ¿quién puede impedirme que al cumplir con mi deber no me sacrifique? El deber es el único privilegio de esposa que he disfrutado. Si

por él sacrifico mi felicidad, ¿qué más puede exigirme?

HIP. ¡Tu felicidad! ¿Lo sería para ti un amor ilegítimo, culpable?

CLARA Cumpliré con mi deber, ya lo dije, cuésteme lo que me cueste.

HIP. ¿Con el deber de esposa? Pues ninguno primero que el de volver á serlo, perdonando al esposo arrepentido.

CLARA ¿Arrepentido?

HIP. No lo dudes... si es que no tienes interés en dudarlo. Si yo creyese que Luis sería capaz de renovar la ofensa, no pretendería reuniros. Luis es otro hombre, ha padecido mucho. No le conocerás cuando le veas.

CLARA ¿Verle? ¡No!

HIP. Pues hoy debe llegar. Espero un telegrama. Luis sabe que estás en peligro... que Leoncio te enamora.

CLARA ¡Ah!

HIP. ¡Ya lo ves!

CLARA (Con resolución.) ¡Sea su castigo! ¡Ah! No lo sería si me quisiera como yo le quise. Pero él sentirá la ofensa del amor propio, la dignidad de esposo, lo que dirá la gente; él preferiría que fuese cierta mi culpa, con tal que nadie lo supiese, y yo sólo en pensarlo á solas me he destrozado el corazón. Mientras me vió triste y retirada, no se acordó de mí. Acaso mi tristeza halagaba su vanidad. Sabe que vuelvo al mundo, y se preocupa de mí. ¡Cree que quiero á otro hombre, y vuelve á mí!... No aspirando á matarme si es que ofendo su honor, sino muy razonable, para advertirme que mi situación es equívoca, que la gente murmura, que llevo su nombre, y debo respetar su decoro. ¡Ah! ¡Si yo supiese que la dignidad herida duele como la herida del corazón!

HIP. No encones la tuya. Tienes un médico tan amable, el médico de las damas, Leoncio, el amante ideal, que adormece la imaginación con bálsamo de poesía, el adorador platónico que sacrifica el amor entre nubes de incienso, y como diestro ratero de iglesia, muestra cruzadas en actitud de fervoroso

rezo, unas manos de cera, y con las suyas de carne y hueso, limpia entre tanto lindamente los bolsillos de las devotas.

CLARA ¿Te burlas de mí?

HIP. ¿De ti? ¡Dios me libre! Me burlo del amor respetuoso, del deber que piensa sobreponerse al amor. ¡Ah, pobre Clara! Lo que en sí es el amor, su fin único, el lazo que nos tiende con él la Naturaleza, nos parece tan irracional, tan insípido por sí solo, que con ser lo único que la Naturaleza exige de nosotros, lo esencial del amor, hemos decidido considerarlo como incidente, un tropiezo, un descuido, lo que menos importa en el amor. Como en vestir y en comer nos hemos de ver en amar; superiores á los animales, tenemos sastres y modistas, comemos pavo trufado y ensalada rusa, y en amor, ¿no hemos de tener también nuestros adornos á la moda y nuestras ensaladas? Es preciso vestirle, aderezarle, y la Naturaleza se burla de nosotros. ¡Pobres ilusos del ideal! Porque ese amor, *¡amor!* es siempre culpable. El matrimonio no es santo porque es amor, sino porque el amor crea deberes que le santifican. Ellos son lo único ideal, lo único superior al instinto que puede haber en el amor.

CLARA No rehuí el cumplimiento del mío. Como esposa y como madre fuí ofendida. Dios no quiso que fuera madre la que, perdido amor y respeto al esposo, no podía ser buena esposa. Dios pronunció el divorcio, cumplí la ley de Dios siendo honrada, que no invoque mi esposo leyes humanas para obligarme á serlo.

HIP. Mi hermano suplica. En ningún caso acudiría á las leyes para obligarte á volver á su lado. Clara, escudriña tu conciencia y pon la mano sobre el corazón. Es que juraste fidelidad á un amor imposible que halaga tu imaginación. Recreas el alma en lo ideal, juego peligroso, porque el alma no puede desnudarse de cuerpo, como el cuerpo de los vestidos... para nadar en lo ideal y guardar la ropa.

CLARA Y si vuelvo á la realidad, ¿qué me espera? ¿El cariño probado de mi esposo?

HIP. Que vale *por lo menos tanto* como... el de Leoncio. Ponle á prueba.

CLARA ¿De qué modo?

HIP. Propónle que huya contigo, exige algún sacrificio á su pasión inmensa, que arriesgue su porvenir, su tranquilidad siquiera, que te demuestre que no eres para él...

CLARA ¿Qué?

HIP. Nada... lo que un médico amigo mío, llamaría economía de solteros.

CLARA ¡Hipólito!

HIP. Perdón. Yo no lo dije. Los médicos tienen nombres muy rudos para cosas de apariencia muy poéticas.

CLARA Pero tú, no eres médico, aunque hoy... lo pareces.

HIP. No; yo soy cirujano y... si me permites...

CLARA ¿Qué?

HIP. No, nada, te dejo.

CLARA ¿No tienes más que decirme?

HIP. Volveré. Espero noticias de mi hermano, estoy intranquilo. Además, son las dos y media... dentro de un instante vendrá Leoncio...

CLARA ¿Quién te lo ha dicho?

HIP. ¡Bah! Todo el mundo lo sabe y lo comenta con mucha malicia. Adiós, Clara... quiera Dios inspirarnos á todos. (Vase, foro derecha.)

ESCENA II

CLARA

Las tres... las tres. ¿Habrá venido y al saber que Hipolito estaba aquí no habrá entrado? No; pendiente estoy de oir la campanilla y no ha sonado. ¿Vendrá? ¿Qué me dijo Hipólito al despedirse? Ni sé lo que me dijo. El hablaba, hablaba, tratando de convencerme con razonamiento implacable... y el corazón, como chicuelo travieso, que sujeto al estudio por castigo, trasforma con la imaginación las letras odiosas, en muñequillos ju-

guetones... ¡Su carta! Llega tarde. No puedo creer en el arrepentimiento. ¿No puedo? ¿Será como dice Hipólito, porque tengo interés en no creerlo? No, no, es que nada dice á mi corazón. El recuerdo del cariño que le tuve, si vuelve acaso, para atormentarme, me parece como espectro de algo que murió. ¡Y muerto está! ¿Es el fantasma suyo lo que me atormenta?; yo le ahuyentaré mirándole cara á cara. ¡Bastante padecí! La parte de dicha que Dios debe de guardar para todos en este mundo no ha llegado á mí todavía. ¡Tengo derecho á ella! Dios mio, quiero saborearla, no quisiste que fuese esposa, no permitiste que fuera madre. ¿Mi parte de dicha ha de ser un pecado? ¡Dios mío, Dios mío, ya ves como te imploro, dame esfuerzos de santidad para no sucumbir ó perdóname como á pobre criatura!

ESCENA III

CLARA y LEONCIO, foro derecha

LEON. ¡Clara! ¿No me esperaba usted?

CLARA Sí; le esperaba, y hoy más que nunca.

LEON. No haga usted que por egoismo bendiga su tristeza, si es causa de que se acuerde usted de mí. ¡Diga usted que me espera usted siempre, que piensa en mí, algunas veces... como yo en usted.

CLARA Feliz usted que puede pensar sólo en lo que ama, y vivir sólo para el amor. Yo, aunque así lo quisiera, por fuerza he de recordar, y hay sombras en mis recuerdos para nublar todas las alegrías.

LEON. ¿Recuerdos? ¡Si yo pudiera borrarlos todos!...

CLARA ¡Ah! ¡Si pudiera ser! ¡Antes los hubiera yo borrado! No le atormentaría á usted con ellos y me vería siempre dichosa.

LEON. Y siempre la veo á usted triste. Yo, que no hallo tristeza, que al lado de usted no pueda olvidarse.

CLARA Pues olvide usted las mías, y al verle dichoso, acaso yo también las olvide.

LEON. ¡Clara!

CLARA Sí; yo quiero olvidarlo todo pero para siempre.

LEON. ¡Para siempre á mi lado!

CLARA ¡Para siempre! Piénselo usted, Leoncio Siempre, no es hoy ni mañana, son días y días, tristes y alegres, de lucha y de sacrificio; es toda la vida.

LEON. Pues para usted toda mi vida.

CLARA ¿Cueste lo que cueste?

LEON. ¿Por usted qué no sacrificaría yo?

CLARA ¡Dios mío!

ESCENA IV

LOS MISMOS. HIPÓLITO, foro derecha

HIP. ¿Se puede?

CLARA Sí; ¿qué ocurre?

HIP. He recibido un telegrama. Tengo que hablarte.

CLARA Puedes hablar.

LEON. Dejo á ustedes. Mi presencia...

HIP. Es necesaria. Espérame aquí. Pronto vuelvo. Ven conmigo, Clara. (Salen.)

ESCENA V

LEONCIO

¿Qué ocurrirá? Hipólito parecía sobresaltado. Un telegrama. ¡Bah! Asuntos de familia... No hay por qué preocuparse... Sin embargo, Hipólito, estos días pasados, me hablaba... con cierto recelo... sin duda estará enterado... pero es hombre de mundo... y no vendrá á pedirme cuenta del honor de su cuñada... y si eso fuera, la daré cumplida. ¿Qué?... ¿Llanto? ¿Clara llorando? ¡Clara! (Se dirige á la puerta.)

ESCENA VI

HIPÓLITO y LEONCIO

HIP. No pases .. Déjala que llore... ¡Mi hermano ha muerto!

LEON. ¡Su esposo!

HIP. Sí; ya es viuda... (Pausa.) Por eso dije que tenía que hablarte.

LEON. Habla. Pero si no estás hoy para ello... iré mañana á tu casa.

HIP. No; la resolución del asunto que he de tratar contigo, se refiere á la memoria de mi hermano tanto como á nosotros y procuraré satisfacerla al satisfaceros á todos.

LEON. Tú dirás.

HIP. No es ocasión de rodeos ni de pretender disfrazar los afectos. Leoncio, amas á Clara, ¿no es verdad? Clara te ama, estoy seguro, pero Clara es honrada, y la lucha de su corazón ha sido tremenda. Dios ha querido que pueda ser dichosa con tu amor, sin dejar de ser honrada. Mi pobre hermano ha muerto, cuando procuraba á toda costa obtener el perdón de Clara, y á fuerza de su cariño, redimirse de lo pasado. Clara no creía en su arrepentimiento, no podía creer, ¡amaba á otro! y juzgaba con honrada conciencia que era engaño conceder al esposo un perdón sin amor. No juzgaré yo si fué rigurosa en no perdonarle antes. Mi hermano la ofendió, no le disculpo, su triste vida ha sido amarga expiación; con alma y vida hubiera él reparado la culpa; alma y vida hubiera dado por ver feliz á Clara. Si yo procuro que lo sea, es que así creo satisfacer la memoria de mi hermano. Clara... es libre... vuestro amor honrado. No es indicarte lo que debes hacer. No deber de conciencia, grata ilusion de tu alma habría sido siempre hacer á Clara esposa tuya, y si á pesar de que fué imposible hasta ahora, la amaste, es que el amor no va donde uno quiere, él nos lleva sin reparar en impedi-

mentos ni en obstáculos, y cuando los vemos ante nosotros, es ya tarde para retroceder y no hay sino salvarlos ó caer ante ellos rendido. Ninguno hay ya para vuestro amor. Clara será tu esposa.

LEON. Hipólito... por Dios... no me parece oportuno... Acaba de morir tu hermano.

HIP. Por lo visto le respetas muerto más que le respetaste vivo...

LEON. ¡Es natural!

HIP. ¡Ya lo creo!...

LEON. ¡No es ocasión de chanzas!

HIP. Pero quién le hubiera dicho á mi pobre hermano...

LEON. ¿Qué?

HIP. Que ibas á sentir su muerte más que nadie.

LEON. Vaya, Hipólito, ya hablaremos... La ocasión...

HIP. Pero ¿no me agradeces el interés que me tomo por tu felicidad? Clara es una verdadera hermana para mí, no extrañes si al procurar verla dichosa creo rendir el mejor título á la memoria de mi hermano.

LEON. Pero no te sorprenda que extrañe tu intervención en este asunto. Será escrúpulo mío, pero apenas muerto tu hermano, tratar la boda de su esposa...

HIP. ¡De su viuda! ¿Y qué? ¿No había de tratarse dentro de unos días? Tu asistencia á esta casa, tu asiduidad en presentarte donde Clara asistía, ha dado bastante que murmurar. Clara ha comprometido por ti su reputación.

LEON. ¡Bah! ¡Bah! Si no hubiera sido por mí, hubiera sido por otro.

HIP. ¡Ah! ¿Esas tenemos?

LEON. La mujer casada que admite galanteos de un hombre, no puede llamarse á engaño, á menos... que no tenga asegurada la muerte de su esposo á plazo fijo.

HIP. Cierto. Si el hombre hablara al enamorarla como hablas ahora. Pero al acecho de mujeres, indefensas de amor y de experiencia, fingiendo adoración respetuosa, con aleteo de palomo ladrón de palomas, va estrechan-

do el cerco, y al enamorarla así, con más aleteos que arrullos, ella le sigue porque creyó que se trataba de volar... pero voló muy lejos de su nido y engaño hubo, porque la paloma sólo vió que tenía alas y el cielo ante ella; palomar por palomar, bien estaba en el suyo.

LEON. Creía que eras hombre práctico y veo que estás fuera de la realidad.

HIP. No, amigo mío, estoy en ella y en lo firme. Vaya, el ultimatum... ¿Estás dispuesto á casarte con Clara?

LEON. ¿Es curiosidad ó amenaza?

HIP. Dije ultimatum. Seamos diplomáticos.

LEON. Pues permite que no te conteste.

HIP. Creo que tengo derecho á preguntar. Se trata de la honra de mi hermana.

LEON. No discuto tu derecho. Preguntas y me callo.

HIP. No creo haberte ofendido con mi pregunta y me ofendes con tu silencio. Piénsalo bien. ¿Te casarás con mi hermana?

LEON. Cuando ella lo pregunte podré contestar.

HIP. ¿Y si hubiera sido ella la que me hubiese encargado de preguntarlo?

LEON. Estás impertinente.

HIP. Y tú destemplado.

LEON. No sé á qué viene la pregunta.

HIP. No sé qué significa el esquivarla. Antes de ahora debiste tener resuelta la duda por si el caso llegaba ¿Amas á Clara? ¿Cómo la amas?

LEON. La amo, sí; pero hien puedes comprender, que mi amor no había previsto el caso de que pudiera ser mi esposa. No se toma resolución de tanta trancendencia sin reflexionar, sin...

HIP. ¿Cuántos días reflexionaste antes de enamorarla, sabiendo que era casada, de proponerla que faltase á sus deberes de esposa?

LEON. La pasión no reflexiona.

HIP. Cuando se trata de faltar al deber, pero sí cuando se trata de cumplirle.

LEON. Pero... Clara...

HIP. Clara... por ti hubiese faltado á él, por eso exige que cumplas el tuyo.

LEON. Pues... querido Hipólito...

HIP. ¿No te casas?

LEON. Yo te explicaré más despacio... tú te harás cargo...

HIP. De todo. Yo soy muy razonable. Mira; entre nosotros, ya me lo figuraba... pero, Clara... ¡las mujeres! ¡Pobres ilusas! Soñar con el amor... yo bien sé lo que un hombre como tú, busca en estas aventuras...

LEON. Hazte cargo, el casarse es muy delicado...

HIP. No, mira, si en el fondo yo bien veía... ¡qué demonio! Haces bien en no casarte. Y lo que tú dices; en las circunstancias de Clara, si no hubieras sido tú hubiera sido otro.

LEON. Desde luego. ¿Cuándo nos veremos?

HIP. Cuando quieras.

LEON. Iré por tu casa. Adiós, Hipólito.

HIP. Yo te despediré de Clara. Pierde cuidado. Estos días, ya ves, con el duelo, las visitas... Pretextas un viajecito... cualquier cosa... puedes quedar bien con poco trabajo...

LEON. Gracias, muchas gracias. (Sale foro.)

ESCENA ULTIMA

HIPÓLITO y CLARA

HIP. ¿Qué tal?

CLARA ¡Oh!

HIP. ¡El amor ideal! Estás salvada y Luis me espera para traerle á casa.

CLARA ¿Luis?

HIP. ¡Vive! He sido Caín por un momento. No eres viuda. Te engañé para que no me descubrieras hasta salir adelante con mi propósito y para ver también si había lágrimas en tu corazón para el primer amor de tu vida. Ya lo viste, Clara, hermana mía. El marido peor aventaja al mejor amante, y si tu amante en ciernes, no era muy bueno, tu marido no es de los peores.

CLARA ¡Ay!, Hipólito, la vida es triste.

HIP. Y el amor también; por eso no hay que pedirle lo que no puede dar, ni darle todo lo que suele pedir.

TELON

Obras de Jacinto Benavente

PUBLICADAS EN TRECE VOLÚMENES, SEGÚN HAN SIDO ESTRENADAS.—SE VENDEN Á 3,50 PESETAS CADA TOMO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.

Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem íd.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos
El encanto de una hora, diálogo.
Mas fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Precio: UNA peseta